

PARTE SEGUNDA

JOSELITO MARAVILLA

LIBRERIA ALFONSDINA

Las primeras letras.

Yo le he preguntado algunas veces á Jose-
lito:

—¿Cuándo se despertó en ti la afición, cuán-
do sentiste por primera vez el deseo de ser to-
rero?

—Yo tengo afición al toreo desde que naci
—me ha contestado.

No mentía. La afición, la disposición para
el toreo es cosa que los *Gallos* llevan en la
sangre.

Nacieron grandes toreros.

El poeta nace...

Hijos de torero, sobrinos de toreros, primos
de toreros...

—Y además—hace constar Joselito—yo

nacl en Gelves, "donde" el señor Manuel Domínguez.

Y, para que nada quede ignorado, completaremos el dato biográfico, añadiendo que el paisano de *Desperdicios* se presentó en este mundo á las doce de la mañana del día 8 de Mayo de 1895.

Su primera actuación taurina es la que perpetúa una de las fotografías que se reproducen en *El Libro de "Gallito"* en la que aparece José en la placita familiar, cuando apenas si contaría tres años, citando á recibir... á su hermano Fernando que está haciendo de toro. Y noten ustedes que ya entonces montaba mi niño alta la manita del estoque.

Para que se vea que no lo ha aprendido de nadie.

Como su hermano Rafael, Joselito nació torero y para ser torero.

Cuando se les pregunta á los niños lo que quieren ser, contestan manifestando las inclinaciones más absurdas. Éste será Obispo, el otro general,—la cuestión es mandar y llevar unos trajes muy llamativos—, y los más dan una muestra de los sentimientos despóticos y de la crueldad que anida en el corazón humano expresando su decidida vocación por el oficio de cochero.

La tralla y las riendas.

Joselito, cuando le preguntaban por sus futuros destinos, respondía invariablemente con la misma seguridad que si tuviese en la mano las llaves de su porvenir.

—Yo seré torero.

Todo estaba dispuesto para que así fuese. Desde su niñez, los *Gallos* no han oído hablar en su casa de otra cosa que de toros. Su padre, primero, y los hermanos mayores luego, no tenían nunca otra conversación, y así el toreo ha sido para estos muchachos, acostumbrados á oír hablar de él con tanto fervor, algo más elevado que un oficio, y los lances de capa y de muleta, antes que un modo de vivir ó de ganar aplausos, los ritos de un culto de belleza y gallardía.

De ahí la concepción tan suya del toreo; de ahí su afición y su arte.

Cierto día, no ha mucho tiempo, presentóse en la redacción del *Heraldo de Madrid* un niño de ocho años pretendiendo ver al director.

—Que pase—dijo Rocamora, que sabe que un director de periódico debe recibir á cuantos pretendan verle, porque no ignora que todo el que llega á una redacción, aunque sea para molestar, presta algún servicio; deja una noticia ó indica un camino.

(Se exceptúan los gorriones que acuden á pedir vales de teatro, y los sujetos que van á reventar á los periodistas de veras trabajando de balde).

—¿Usted es el director del *Heraldo*?—dijo el arrapiezo con el mayor desparpajo al verse en el salón ante Rocamora.

—El mismo. ¿Qué desea usted, caba-llerito?

—Vengo á traerle á usted estos versos míos para que me los publique.

—¿Pero tú haces versos?... ¿Tú estudias? ¿Qué estudias?

—Lo que estudian los niños; y además leo mucho.

—¿Qué lees?

—Versos. Me gustan mucho.

—¿Y cuándo los has compuesto? ¿Cómo aprendiste á hacerlos?

—Pues jugando.

Lo mismo que el futuro poeta puede contestar Joselito cuando se le pregunte:

—¿Cómo aprendiste á torear?

—Pues jugando.

El año último, durante la feria sevillana de Abril, iba yo todas las mañanas, después de dar el paseo de ritual por la feria, á pasar un rato en casa de los *Gallos*. Tiene un interés

periodístico tan grande aquel escenario y sus figuras, es tan pintoresco, que si no bastasen las razones de amistad y simpatía para tenerme allí gustoso largo rato, sobrarían las del color y el ambiente para retenerme encantado muchas horas.

Al llegar yo, encontraba todos los días en la salita-recibidor un grupo de ocho ó diez muchachos, artesanos todavía sucios del tizne de la herrería ó manchados con la cal de la obra que acababan de dejar, sentaditos en el borde del sofá, de las butacas ó las sillas, muy serios, muy callados y dando vueltas á las gorras que tenían en las manos, mirando curiosos el pintoresco desfile de las mañanas de corrida en casa de los *Gallos*, y avisándose con fuertes codazos cada vez que Joselito, fachendoso, taconeador y postinero, pasaba y repasaba por delante de ellos como el que está muy atareado, y en realidad para lucir la clásica indumentaria de los toreros castizos: sevillana de terciopelo, negro ó vino, pantalón de talle color gris perla, botas de caña, gruesa cadena de oro pendiente del cuello, de la cual cuelgan profusos dijes, brillantes en la pechera, solitarios en los *deos*, todo el aparato, en fin, con que acababa de deslumbrar en la feria á las mocitas y á las jamonas, que se lo comían con los ojos

al verle cruzar airoso al trote de su pinturera jaca jerezana, y que Paco Gómez Hidalgo, uno de tantos belmontistas de ocasión, calificó de cursi, pensando, sin duda, en la distinción de las corbatas, las tirillas, las americanas de vuelo, las botas yanquis y los diez mil reales de puños asomando por las bocamangas, de Belmonte el literato.

—¿Qué hacen ahí esos muchachos?—pregunté curioso á Rafael.

—Son cosa de Joselito. Estos chavales son los que jugaban con él al toro en la *Alamea* cuando era chico, y mi hermano los hace venir los días que torea, les regala billetes para la corrida, y luego, por la noche, antes de ir á la caseta del Gallinero, hace una escapada al colmadillo donde se reúnen ahí cerca, para oírles comentar los lances de la corrida. Que ya puede usted figurarse lo que les habrá parecido... José superior, y de ahí en adelante lo que José diga.

Todas las tardes, al volver del colegio de Don Pedro, el de la calle de la Feria, y muchos días que hacía novillos, cosa muy natural en un futuro matador de toros, el señor José y sus amigos se pasaban horas y horas jugando al toro en la Alameda de Hércules, en el centro de un gran corro que formaban los vecinos y

transeuntes, á quienes atraía la buena maña de aquellos arrapiezos y singularmente del renacuajillo aquel que no cesaba de chillar á unos y á otros, dando disposiciones y mandando más que todos juntos, aunque los otros eran mayores que él.

—¡Corre el toro pá allá! ¡Déjale dir! ¡Éntrale ahí! ¡Dale un capotazo y salte!

—Nunca se acordaba de la hora de volver á casa—dice su madre.—Siempre había que mandar á buscarle. Era incansable.

—Por eso creo yo que he sacao tantas piernas. Ya entonces aguantaba á correr más que ninguno.

Tiempo después, cuando la fama de estos chavales comenzó á extenderse por los barrios populares y llegó hasta la puerta de la Carne, acudió á la "Alamea" una cuadrilla de chiquillos de la Macarena, capitaneados por *Limeñito*, que en seguida se juntaron á los joselistas y se hicieron grandes amigos.

—Porque como *Limeñito* se daba tan buena maña, ¿sabe usted?, pues simpatizamos en seguida, y toreábamos en competencia á ver quién se llevaba más palmas... Que no crea usted que el público eran cuatro gatos, que teníamos cada lleno que para los días gordos los quisieran muchas empresas.

—¿Y quién de vosotros era aplaudido?

—Yo tenía que quedar mejor que los demás—contesta Joselito—porque ya estaba toreado... Como que contaba en mi haber con una cogía y tó.

—¿Una cogida? ¿Cómo fué eso?

—Pues que ya hacía tiempo que yo me las había entendido con un becerro en la placita de Gelves; por cierto el mismo día, si no estoy engañado, que Rafael debutó en Madrid. Tendría yo mis buenos tres ó cuatro años. Había en el corral de casa un becerrete manso, y mi tío Manuel Ortega, el padre de Almendro, me dió una muletilla, me cogió de la mano y llevándome así sujeto nos acercamos al becerro, al cual yo dí dos ó tres pases... dicen que bien.

—¡José!...

—Yo no me acuerdo; pero así debió de ser porque me envalentoné y le pedí á mi tío que me soltara... Y no hizo más que dejarme y el becerro me enganchó por el cinturón y me derribó. Los toros mansos son siempre los que le hacen á uno quedar mal... Por tropezar con otro manso ó mansa, porque no fué cornúo sino cornúa, quedé también mal la primera vez que me puse formalmente delante de un becerro. Ocho años tenía yo entonces. Había ido

mi hermano Rafael á la tienta de unas becerras de D. Valentín Collantes que se verificaba en la placita de D. Félix Urcola, y yo le había pedido que me llevara, aunque sin decirle que era con ánimo de probarme. Pero yo iba á eso. "En cuanto salga una becerra brava que me guste, me había yo dicho, ya la estoy toreado". Y en cuanto vi una que á mí me pareció á propósito le pedí á Rafael que me la dejase torear.

—Mira que te va á dar un disgusto, que estos animalitos tienen unas bromas muy pesadas—me dijo.

—Que no me coge, que yo atoreo mú bien.

—Pues anda, y que no sea muy fuerte el porrazo.

Efectivamente, en cuanto me tuvo á tiro la becerra, fué y me enganchó y me dió un trompis en la cabeza que creo que todavía no se me ha quitado el chichón, ¡maldita sea su estampa!

—No fué nada—advierde Rafael—pero se estuvo llorando sus tres horas y tres cuartos.

—Pero no era por el daño que me había hecho la becerra, aunque me dolía bastante, sino de rabia que me dió de no poderme lucir delante de éste y del *Morenito de Algeciras* que también había ido al tentadero... Poco

después comencé ya formalmente mis estudios tauromáquicos yendo todas las mañanas al matadero para aprender á dar la puntilla... y un par de capotazos á un becerro complaciente cuando se presentaba la ocasión.

¡Lo que yo madrugué en aquella época!... Todas las mañanitas apenas comenzaba á clarear, salía yo de mi casa camino del matadero. Se necesitaba afición ¿eh?... Luego, cuando concluía mi tarea allí, me iba al colegio de don Pedro, después de desayunarme en una buñolería. Mi madre, como yo salía de casa tan temprano, me daba un real todos los días para que almorzase pescado frito ó la golosina que me apeteciese, pero yo me comía una perra de buñuelos y me guardaba el resto. Así llegué á ahorrar seis duros.

—¡José!

—No se alborote usted, que era para comprarme unos avíos buenos de torear, porque yo empezaba ya á echar mis cuentas para ir á los cerrados con otros chiquillos de mi edad á torear lo que se pudiese.

La primera expedición de estas la hicimos al Quintillo donde, como usted sabe, tiene los toros don José Anastasio. Formábamos la cuadrilla *Limeño*, otros dos chavales y yo. Al

llegar al río Guadaíra, que hay que atravesar, dos de los toreros se desnudaron, nos dieron su ropa y nos pasaron á hombros á los otros dos, que al regresar, y conforme á la costumbre, que nosotros conocíamos de oídas y que, naturalmente, habíamos de respetar, hicimos á nuestra vez de San Cristóbal con ellos... ¡Las ilusiones que yo llevaba, el deseo que tenía de encontrarme cara á cara con un toro de veras!... Cuando por el camino charlábamos de lo que íbamos á hacer y mis compañeros proponían que apartásemos algún becerro ó una vaca yo protestaba:

—No, no; vamos ande los toros. Con los becerros no se pué jasé ná.

Pero yo no contaba con mi mala sombra.

—¿Otra cogida?

—Usted calcule. Cuando más entretenidos estábamos eligiendo el ganáo, ¡zás! aparece Curro el guarda, nos coge desprevenios, se quita una correa que llevaba liá á la cintura y empieza á cosquis con nosotros... ¡Maldita sea su estampal... Me dió una rabia tan grande que todavía casi no se lo he perdonao. ¡Con lo consentío que yo iba en lucirme aquella mañana!...

—¿Y no volviste por allí á torear á tu gusto?

—Sí, señor. Volvi un día que Rafael y

Fernando me llevaron para probarme en la placita de la finca. Ellos sólo me habían visto llorar con la becerria de Collantes y torear de salón en casa y quisieron calarme... Y les supe de primera, porque me hinché de torear á mi gusto y cuando concluí fué Rafael y me abrazó... Y entonces lloraba él... *Minuto*, *Gonzalito* y *Bizoqui*, que habían ido con nosotros, también me felicitaron. ¡Estaba yo más ancho!

—Desde entonces — continúa José — con mis hermanos, ó con *Limeño* y mis amigos iba yo á todos los tentaderos. ¡Las historias que yo inventaba para que el maestro, que era muy amigo de la puntualidad, me dejase salir después de pasar lista, para llegar á tiempo de coger el tren ó el camino!

—¿Tú que hacías en la escuela, José?

—¿Qué iba hacer? Estudiar.

—¿Eras buen estudiante?

—Verá usted. Yo era muy formal y estudioso, porque tenía mucho amor propio y no me gustaba quedar por debajo de los otros; mas para las cuentas y eso de la gramática era muy torpe. Pero los compañeros me arreglaban los problemas para que no me castigasen y para que yo, en cambio, les enseñase á torear, y gracias á ellos siempre salía con bien.

Por ahí el señor José quedaba como los buenos ó por lo menos como los regulares; pero los días de tentadero el pobrecito se ponía á morir. Todo se le volvía levantar el dedo para que el maestro le permitiese salir breves instantes. Hasta que el maestro caía en la cuenta.

—Pepito, hijo, — le preguntaba — ¿estás malo?

—Es que me *ha* purgao esta mañana.—*Dejame* ustedirme á casa.

—Anda con Dios, hombre; que te mejores... Y no te arrimes mucho que te va á hacer más efecto el purgante.

—¿Te lucías en los tentaderos?

—Asín de que fuí mayorcito, sí señor. Una vez en el tentadero de Miura me llamó un señor muy alto que llevaba gafas, que estaba con D. Eduardo y los demás convidados en la azoteilla y me dijo:

—Toreas muy bien muchacho. Toma estos dos duros. Te los regalo.

—Pero yo no los tomé porque no me hacían falta. Los otros aficionadillos que estaban toreando conmigo me felicitaron cuando bajé.

—¿Tú sabes quién es ese gachó? El empresario de Madrid. ¡Has hecho tu suerte, José!

—¿Ibas mucho á los toros?

—Siempre. No perdía corrida.

—¿Cuándo fuiste por primera vez?

—No recuerdo la fecha, pero sí que era una corrida de toros, que me llevó mi tío Enrique Ortega y que lloré cada vez que mataban un caballo. Me daba mucha pena.

—¿Qué fué lo que más te gustó entonces?

—Entonces y hasta mucho tiempo después las banderillas, y el paseillo.

Y aquí puede observar el aficionado mayor de edad un nuevo punto de semejanza, además de los que ha descubierto en la plaza, entre Joselito y *Guerrita*. Una de las cosas que más interesan en los toros al califa cordobés es el paseillo. Yo le he visto varias veces, en Córdoba, despedirse precipitadamente de los amigos con quien estaba charlando en el patinillo de entrada á la plaza, y echar á correr escaleras arriba, camino de su palco, en cuanto oía la señal para comenzar el festejo.

—Es—contesta cuando algún amigo le interroga sobre el caso—que me gusta verles hacer el paseo, ¿sabes tú?... pa ver quién lleva el capote bien puesto y cómo anda cada uno.

Que los hay, amigo Rafael, que van como si los llevasen...

—Como si los llevasen á torear. No me diga usted nada.

Mas "volvamos en sí".

—¿Qué torero te gustaba á ti entonces, Joselito?

—Antonio Montes. Me gustaba una enormidad.

—¿Y ahora?

—Ahora todos. Cada uno tiene su mérito; pero el que más me gusta es mi hermano Rafael. Puede que no esté bien que yo lo diga; pero como usted quiere que le conteste la verdad... Lo mejor será que no lo diga usted.

—Descuida. No faltaba más. Y dime: ¿no te encontrabas alguna vez con *Terremoto* en los tentaderos y encerronas?

—Alguna vez. La primera que yo le vi fué en la finca del "Jatoblanco", de don Carlos Vázquez, en la Marisma. Íbamos Armando Herrera, Carlos Vázquez y tres ó cuatro amigos más á caballo, y al salir de Triana encontramos á Juan, que iba á pie con su capotillo al hombro.

—Súbete aquí—le dije.

—No—contestó Carlos Vázquez,—que se suba en el caballo de ése.

Y fué á las ancas con un criado. Cuando llegamos al "Jatoblanco" encerraron una por-

ción de vacas, y como sólo éramos los dos á torear, pues alternábamos toreando cada uno una.

—¿Y qué te pareció Belmonte?

—Me pareció muy valiente. Al dar un pase de muleta le cogió una vaca y le dió un puntazo como el que sufrió el invierno pasado en Méjico, y siguió toreando aquel día y los demás que estuvimos allí, sin darle importancia ni acobardarse. Él no era todavía más que un aficionado.

—¿Y tú?

—Yo era ya novillero.

—¿No le prestaste tú el traje para que saliese la primera vez en Sevilla?

—No. Fué el capote de paseo. Vino Carlos Vázquez á pedírmelo y yo se lo dejé con mucho gusto.

De ver en los tentaderos á José y á sus amigos Limeño, el sobrino de *Pepete*, que va ahora con el hermano menor de Pepe Gárate; Hipólito, *Pacorro*, el sobrino de *Cara-ancha*, y otros que andan rodando por esas plazas, los unos, ó están en la tranquilidad y miseria de su oficio, los otros, ocurriósele á un municipal vivo, á Martínez, el "guindilla de la mujer del saco", así llamado en Sevilla porque fué quien descubrió este misterioso crimen, formar con

estos chavales una cuadrilla de niños sevillanos, con la cual nuestro héroe hizo su *debut* en la plaza de Jerez de la Frontera, á las cuatro de la tarde del día 19 de Abril de 1908, domingo de Pascua de Resurrección del toreo.

El señor José se estrena.

Trece años menos diez y ocho días, veinte horas y tantos minutos, tenía nuestro hombre-cito el señor José Gómez Ortega, *Gallito chico*—y quéjense sus señorías por falta de detalles—, cuando ocurrió este feliz suceso, que había de hacer rabiar á tanta gente.

Martínez, el "guindilla", que no le tocaba ni cantaba ningún trozo musical al otro no menos conocido Martínez de la popular zarzuela,

—¿Qué ve usted, Martínez?

—Yo no veo nada.

vió desde el primer momento clarito el negocio que podía hacer con los chicos y formó la cuadrilla con el precitado *Pepete* y *Joselito*, como

matadores, y discernió el cargo de banderilleros á Rafael Bustamante, Picholo, *Torerito* y *Rerre*, sobrino, y después agregóse al "elenco" en calidad de espada, *Limeño*.

El señor Martínez, para presentar á los chicos con el decoro debido á cuadrilla de tanto postín, en vez de alquilarles unos *vestidos* de torear en casa de Manolillo Prada, encargó al mejor sastre de toreros de Sevilla, ó al menos al que él decía que lo era—vaya usted á saber—, unos flamantes trajes de luces, que constituyeron la desesperación del señor José porque á él, por decreto inexorable y tiránico de su hermano Rafael, que negó el permiso cuando fueron á pedirselo para que dejase "salir" al chaval, no le hicieron equipaje. Como no había de viajar...

Calculen ustedes la impresión que produciría la desagradable noticia en nuestro impaciente amigo, que llevaba qué sé yo los días echando cuentas con las palmas que le iban á tocar y las orejas que había de llevarse á su casa, y lanceando todo cuanto se le ponía por delante, hombres, mujeres, perros, gatos, sillas, con la obsesión de las verónicas y los pases de muleta.

Habló á Rafael, suplicó, pateó, lloró. Todo inútil. Rafael estaba en uno de sus más terri-

bles momentos de pesimismo, y lo veía todo negro, negro, negro, del negro más negro que hay; del que le habían puesto el alma las "ducas" que estaba pasando y que veía pasar á los suyos.

—Es muy pronto para que salgas á torear— le decía á su hermano.—No estás todavía en condiciones.

—Pero ¡maldita sea! ¿No has dicho tú mil veces que yo me doy muy buena maña para torear y que puedo ser un buen torero?

—Sí; pero eres todavía muy niño y te expones á que un animalito te dé un disgusto.

—Yo no soy niño, ¿sabes?

Y se fué con el cuento á su madre, ante cuyo supremo tribunal interpuso recurso de casación contra la sentencia de su hermano.

—Este Rafael me quiere perder, mamá—dijole lloroso y desesperado.

—Pero, hijo, tiene razón. Es muy pronto. Ten paciencia.

—No puedo—contestó hipando angustiadamente.—No puedo. ¿No ves que se me van los años?... Tú no sabes lo de prisa que pasa el tiempo... Y si se me pasan los años, ¿cuándo voy á torear yo? ¿Cuándo no pueda con los calzones?

Por fin, á última hora, consiguió vencer la

resistencia de Rafael y salió corriendo en busca de Martínez.

—Dice Rafael que me ponga usted, que él da el permiso.

—Pero, chiquillo, si ya no hay tiempo para hacerte la ropa y he ajustado al *Limeño* en tu lugar.

—Eso no importa. Seremos tres espás. Le advierto á usted que yo tengo mucho partío en Jeré...

—¿Y el vestío?

—Alquilamos uno.

¡Ay! Después de muchas probaturas y medidas resultó que el único "vestío" útil que se encontró en casa de Manolillo Prada fué un precioso traje verde y negro, pasao, pasao, que sabía huir solo de tanto como había corrido y lo habían revolcado por esas plazas del demonio. Era un "vestío" asesino; pero asesino con diez ó doce agravantes.

No obstante, el señor José sometiése á ponerse el día del *debut*. Todo antes que quedarse en tierra.

Y con su traje verde manzana podrida y negro falsificado, que formaba violento contraste con los rutilantes ternos de los otros torerillos, salió *Gallito* á hacer el paseo la primera tarde que se vistió de luces... apagadas.

Él iría mal trajeado; pero, amigos, quedar, quedó superiormente. Tomó desde entonces esa mala costumbre... ¿Qué se le va á hacer?

—¿Cómo fué aquello, Joselito?

—Pues ná, que tuve mucha suerte. Yo iba enfadadísimo con lo del vestío, y de la misma rabia que tenía me apreté más, para que vieran que lo del traje no tenía ná que ver con lo que yo hacía. Toreé muy bien de capa... Bueno, no saldrán diciendo luego que me doy postín, ¿eh? Usted me pregunta y yo tengo que responder... Jise quites jincao en rodillas; banderilleé, mi becerro, que era el tercero; le puse dos pares al cambio que me aplaudieron mucho; se lo brindé á Domecq; quedé superior con la muleta... y estuve muy mal pinchando. Tres ó cuatro veces jeré, y las cuatro mal. El último becerro no quiso el público que lo matara, porque era grande. Y á mí me entró una lloaera por la ofensa que me hacían... Cada vez que gritaban que yo era un niño, me enrabiaba que me los hubiera comió á bocaos á tós. Domecq me regaló cinco duros. ¡El primer dinero que yo gané con los toros!

—Aparte del que te dió el empresario.

—El empresario no nos dió nada. Dijo que había tenido muchos gastos y que no los había

cubierto, que otra vez sería. Era un tío muy vivo.

Poco después llevóse la cuadrilla á Lisboa, ajustada por dos corridas; pero tuvo tan buen éxito, que torearon otras once funciones.

Después de la segunda, *Pepete* regresó á Sevilla, y quedó la "troupe" formada definitivamente con *Limeño* y *Joselito*, que fueron durante aquel tiempo los "liones du jour" del Rocío y la plaza de Don Pedro. Los hombres los aplaudían y las mujeres se los disputaban y los agasajaban con amor y regalos.

—Pero yo no admití ninguno, porque nunca he querido regalos de las mujeres. Y eso que estábamos "á ruche".

—Pues ¿y los honorarios?

—¿Pero usted quería que echásemos coche con diez reales que nos daba el guindilla á los matadores y dos pesetas á los banderilleros al acabar cada corrida? Como teníamos tantos gastos y nunca se cubrían... Á la tercera ó cuarta corrida conseguimos de él que nos diera además dinero para tabaco, y nos señaló una peseta á cada uno, es decir, se la señaló á los otros, porque á mí, como no fumo, cuando quise cobrarla se negó á pagarme.

—Tú no fumas—me dijo.

—Pero me la guardo—le contesté.—Hasta

que un día se me ajumó er pescao y les dije á los compañeros: "Estamos haciendo el lila y este tío se está poniendo las botas á nuestra costa." Y al concluir la décima corrida, me planté y le dije:

—¡Eh, amigo, que yo quiero ganar!

Puso el grito en el cielo; pero como vió que yo no cedía y que mis compañeros hacían causa común conmigo, no tuvo más remedio que someterse, para no perderlo todo, y se avino á pasar de empresario á administrador... Á los dos días ajustamos una corrida para la plaza de Campo Pequeño, á beneficio de Casimiro. Me dieron mil pesetas; pagué como era debido sus sueldos á toda la gente y veinte duros que le asignamos á Martínez, y ya quedé yo de director del cotarro por acuerdo de todos. Si viese usted la alegría que tuve cuando cobré los primeros dineros... Me pareció que de pronto había crecido y me había hecho hombre. Y tan en serio lo tomé, que al otro día, cuando mis compañeros me invitaron á jugar un rato, como de costumbre cuando no nos veían, como unos chicos que éramos, me resistí, porque me parecía que no era propio de hombres andar saltando por la fonda.

—¿Y después?

—Después, lo que todo el mundo sabe.

Vinimos á España, nos salió en seguida una contrata para Morón, empezamos á torear, á torear, y aquí estoy... ¿Y á que no sabe usted cuál era mi mayor deseo entonces?

—Vete á saber.

—Salir en Sevilla.

—Era natural.

—No, si no era por lo que usted se figura, sino porque yo tenía muchas ganas de usar sombrero.

—¿Y quién te lo impedía?

—Yo; que, como era tan chico, me daba vergüenza que me viesen la trenza, porque me parecía que hasta que saliese en Sevilla ó en Madrid yo no podía presumir de torero, y para que no me viesen la coleta andaba siempre de gorrilla... Si viera usted el ratito que me pasé al espejo en Sevilla la noche de mi *debut* probándome los sombreros que me había hecho Lora, sin acabar de decidirme por uno ú otro.

—Llévatelos todos puestos—me decían mis hermanas haciéndome burla.

El resto de la historia es bien conocido. Breve; pero substanciosa. "Corta y derecha". De triunfo en triunfo, haciendo buenas las profecías de la afición, corrió toda España, justificando la categoría de astro de primera magni-

tud que adivinó en él el ojo certero de los inteligentes.

Rafael nos traía locos á los amigos hablándonos de su hermano. Más que los suyos le interesaban y le conmovían los triunfos de José. La tarde que Rafael cortó la primera oreja en Madrid no se habló de otra cosa en la habitación que el *Gallo* ocupaba en el hotel de Roma que de las tres orejas que el pequeño había obtenido en Valencia, si no estoy trascordado. Lo de Madrid quedaba borrado por aquello otro.

—Enhorabuena, Rafael. ¡Bravo!—le decían los amigos que llegaban á felicitarle.

—Muchas gracias. Mirar ustedes qué telefonema acabo de recibir de Valencia: "Joselito, superió. Tres orejas."

Y el toro *Peluquero* y el triunfo de esta tarde memorable como si no tuviesen importancia.

—Joselito, superió. Tres orejas.

Entonces no se había inventado todavía la moda que sacaron para él de darle dos orejas de un mismo toro.

¡Dos orejas de un toro!

¡Ruja el infierno!

¡Brame Satán!